

Besos feroces que desconocen los límites de la carne

Viene de la página anterior

A través de las páginas de su novela, Saviano se detiene asimismo en el control parental: describe tres tipos diferentes de madres, las que no aceptan la vida criminal de sus hijos y buscan ayuda en el Estado, aquellas otras que, aunque inicialmente se rebelan, acaban por resignarse y aceptan ser mantenidas hasta con orgullo por ellos, y las que incluso los educan en las viejas reglas de las organizaciones criminales. La historia de **Beso feroz** parte del plan urdido contra aquellos que se atrevieron a matar a **Christian**, el hermano de **Nicolas Fiorillo**, **Marajá**, y prosigue con una escalada de venganza, guerra hegemónica, alianzas y enfrentamientos.

Saviano, como **Pasolini** y **Sciascia** lo fueron en su día, representa la conciencia de Italia, uno de los pocos intelectuales, probablemente el único, que todavía tiene el coraje de desafiar las convenciones y conveniencias. Mantiene un discurso inconformista para los inmigrantes o la muerte digna, como cuando contó la conmovedora historia de amor de **Piero** y **Mina**, **Piergiorgio Welby** y **Wilhelmine Schett**; la liberalización del cannabis o contra la corrupción. Pero, por encima del resto, las organizaciones criminales son su obsesión civil. Con ellas convoca a un despertar brutal. Cada línea suya está ahí para recordarnos que la realidad supera el crimen sumergido en las series de televisión y en los reality shows. Hunde su ficción en la crónica de todos los días. Muestra de forma descarnada lo que no vemos o pretendemos no ver. **Marajá**, en esta trágica secuela de **La banda de los niños**, es solo el álter ego literario de un capo adolescente que nació y murió en la vida real: **Emanuele Sibillo**, del clan Nuovi Giuliano, asesinado en Forcella, con un disparo por la espalda de la banda rival de Buonerba. Al igual que Nicolas, Emanuele aún no tenía veinte años.

No resulta fácil poder sobrevivir en un mundo brutal y despiadado como el de los *paranzini*, hambrientos de ira y de feroces besos grabados en sus labios. Besos que no conocen los límites de la carne y quieren ser lo que besan. Estamos ante la colosal novela de un cronista que coloca al lector frente a la realidad más cruda: una voz imprescindible que clama ante la descomposición social del mezzogiorno a manos de los grupos criminales organizados. Un meridional amenazado de muerte por los clanes que denunció, que vive con escolta, y que se ha alzado para abrirle los ojos al mundo ante la lacra del delito infantil en una tierra donde los asesinatos también son asesinados.